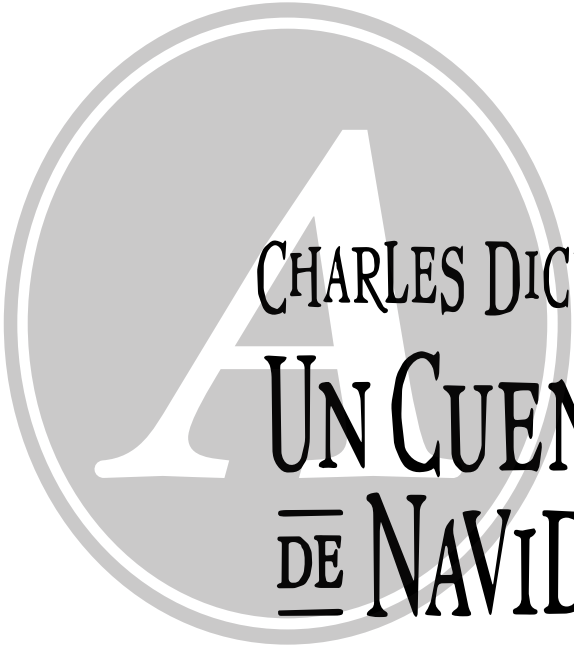




CHARLES DICKENS

UN CUENTO
DE NAVIDAD

A Christmas Carol

 *Editorial El Ateneo*

Un cuento de Navidad — A Christmas Carol

Charles Dickens

Traducción: Luis Barthe

Derechos exclusivos mundiales de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición interna: Juliana Palermo

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Diseño de tapa e ilustraciones: Gastón González

Armado de interior: Claudia Solari

1ª edición: noviembre 2026

ISBN 978-950-02-1850-4

Impreso en Latingráfica,

Rocamora 4161, CABA,

en noviembre de 2026.

Tirada: 4000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Dickens, Charles John Huffam

Un cuento de Navidad = A Christmas Carol / Charles John Huffam Dickens. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2026.

272 p. ; 23 x 15 cm.

Traducción de: Luis Barthe.

ISBN 978-950-02-1850-4

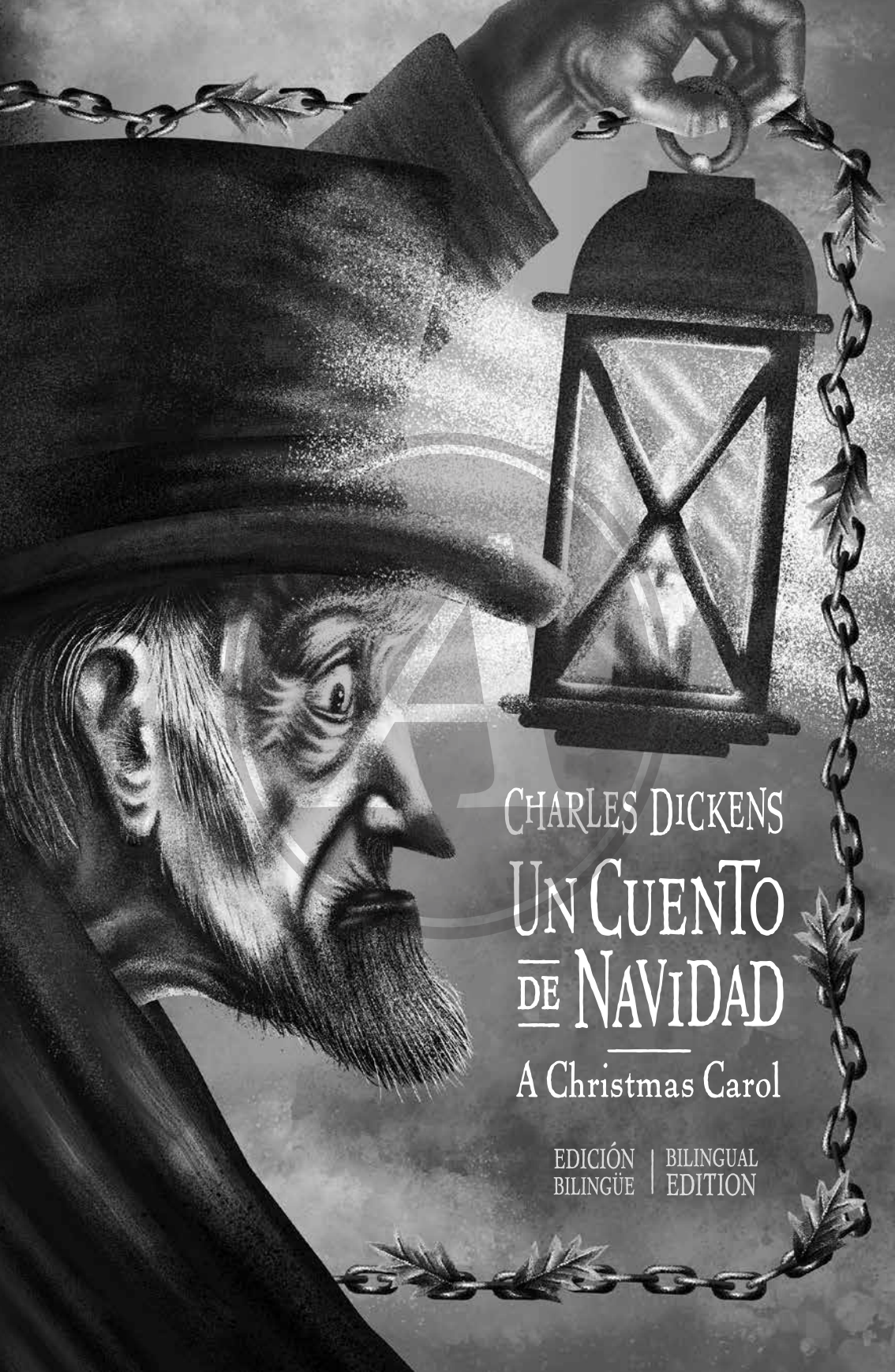
1. Novelas. 2. Literatura Inglesa. I. Barthe, Luis, trad. II. Título.

CDD 823

Esta edición reproduce una traducción en dominio público. Con el fin de favorecer la claridad y la fluidez de lectura, se han efectuado mínimas actualizaciones ortográficas, de puntuación y sintaxis, respetando en todo momento el sentido y el espíritu del texto original.

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).



CHARLES DICKENS

UN CUENTO DE NAVIDAD

A Christmas Carol

EDICIÓN | BILINGUAL
BILINGÜE | EDITION



UN CUENTO
DE NAVIDAD



PREFACIO

En este pequeño libro fantasmal he tratado de evocar el fantasma de una idea que no haga que mis lectores se enfaden consigo mismos, entre ellos, con la estación del año o conmigo. Ojalá que ese fantasma habite agradablemente en sus hogares y que nadie desee expulsarlo.

Su fiel amigo y servidor,

C. D.

Diciembre de 1843



PRIMERA ESTROFA

El fantasma de Marley

Para empezar: Marley había muerto. Sobre ello no había ni la menor sombra de duda. La partida de defunción estaba firmada por el cura, por el sacristán, por el encargado de las pompas fúnebres y por el presidente del duelo. Scrooge la había firmado y la firma de Scrooge circulaba sin inconveniente en la Bolsa, cualquiera que fuera el papel donde la fijara.

El viejo Marley *estaba tan muerto como un clavo de puerta.*

Aguarden: con esto no quiero decir que yo conozca, por mí mismo, lo que hay de especialmente muerto en un clavo.

Si me dejara llevar por mis opiniones, creería mejor que un clavo de ataúd es el trozo de hierro más muerto que puede existir en el comercio; pero como la sabiduría de nuestros antepasados brilla en las comparaciones, no me atrevo, con mis profanas manos, a tocar tan venerados recuerdos. De otra manera, ¡qué sería de nuestro país! Permítanme, pues, repetir enérgicamente que Marley estaba tan muerto como un clavo de puerta.

¿Lo sabía así Scrooge? A no dudarlo. Por supuesto que debía saberlo. Scrooge y él eran socios, por no sé cuántos años. Scrooge era su único ejecutor testamentario, su único administrador, su único poderhabiente, su único legatario universal, su único amigo, el único que acompañó el féretro, aunque, a decir verdad, este tristísimo suceso no le sobrecogió de modo que no pudiera, en el mismo día de los funerales, mostrarse como hábil hombre de negocios y llevar a cabo una venta de las más productivas.

El recuerdo de los funerales de Marley me coloca otra vez en el punto donde he empezado. No cabe duda de que Marley había fallecido, circunstancia que debe fijar mucho nuestra atención, porque si no la presente historia no tendría nada de maravillosa. Si no estuviéramos completamente convencidos de que el padre de Hamlet murió antes de que la tragedia dé inicio, no tendría nada de extraño que lo viéramos pasear al pie de las murallas de la ciudad, expuesto a la intemperie, que si viéramos a otra persona de mediana edad pasearse a

horas desusadas en medio de la oscuridad de la noche y por lugares donde soplara un viento helado; verbigracia, el cementerio de San Pablo, para impresionar la mente débil de su hijo.

Scrooge no borró jamás el nombre del viejo Marley. Todavía lo conservaba escrito, años después, encima de la puerta del almacén: “Scrooge y Marley”. La casa de comercio era conocida bajo esta razón. Algunas personas poco al corriente de los negocios lo llamaban Scrooge-Scrooge; otras, Marley sencillamente, mas él contestaba por los dos nombres; para él no constituía más que uno.

¡Oh! ¡Y que sentaba bien la mano sobre sus negocios! Aquel empedernido pecador era un avaro que sabía agarrar con fuerza, arrancar, retorcer, apretar, raspar y, sobre todo, duro y cortante como esos pedernales que no despiden vivílicas chispas si no al contacto del eslabón. Vivía ensimismado en sus pensamientos, sin comunicarlos, y solitario como un hongo. La frialdad interior que había en él le helaba la aviejada fisonomía, le coloreaba la puntiaguda nariz, le arrugaba las mejillas, le enrojecía los párpados, le envaraba las piernas, le azuleaba los delgados labios y le enloquecía la voz. Su cabeza, sus cejas y su barba, fina y nerviosa, parecían como recubiertas de escarcha. Siempre y a todas partes llevaba la temperatura bajo cero: transmitía el frío a sus oficinas en los días caniculares y no las deshela, ni siquiera de un grado, por Navidad.

El calor y el frío exteriores ejercían muy poca influencia sobre Scrooge. El calor del verano no lo calentaba y el invierno más riguroso no llegaba a enfriarlo. Ninguna ráfaga de viento era más desapacible que él. Jamás se vio nieve que cayera tan rectamente como él cuando iba derecho a su objetivo, ni aguacero más sostenido. El mal tiempo no encontraba manera de mortificarlo: las lluvias más copiosas, la nieve, el granizo no podían jactarse de tener sobre él más que una ventaja: la de que caían con *profusión*; Scrooge no conoció nunca esta palabra.

Nadie lo detenía en la calle para decirle con aire de júbilo: “¿Cómo se encuentra usted, mi querido Scrooge? ¿Cuándo vendrá usted a verme?”. Ningún mendigo le pedía ni la más pequeña limosna; ningún niño le preguntaba por la hora. Nunca se vio a nadie, ya hombre, ya mujer, solicitar de él que les indicase el camino. Hasta los perros de ciego daban muestras de conocerlo, y cuando lo veían llevaban a sus dueños al hueco de una puerta o a una callejuela retirada, meneando la cola como quien dice: “Pobre amo mío: mejor es que no veas, que no ver a ese hombre”.

Pero ¿qué le importaba esto a Scrooge? Precisamente era lo que quería: ir solo por el ancho camino de la existencia, tan frecuentado por la muchedumbre de los hombres, intimándose con el aspecto de la persona, como si fuera un rótulo, a que se apartasen. Esto era en Scrooge como el mejor plato para un goloso.

Un día —entre todos los buenos días del año, la víspera de Navidad— el viejo Scrooge estaba sentado a su bufete y muy entretenido en sus negocios. Hacía un frío penetrante. Reinaba la niebla. Scrooge podía oír cómo la gente iba de un lado a otro por la calle, soplándose las puntas de los dedos, respirando ruidosamente, golpeándose el cuerpo con las manos y pisando con fuerza para calentarse los pies. Las tres de la tarde acababan de dar en los relojes de la City y con todo casi era de noche. El día había estado muy sombrío. Las luces que brillaban en las oficinas inmediatas parecían como manchas de grasa enrojecidas, y se destacaban sobre el fondo de aquella atmósfera tan negruzca y, por decirlo así, palpable. La niebla penetraba en el interior de las casas por todos los resquicios y por los huecos de las cerraduras: afuera había llegado su densidad a tal extremo que, si bien la calle era muy estrecha, las casas de enfrente se asemejaban a fantasmas. Al contemplar cómo aquella nube negra descendía cada vez más, envolviendo todos los objetos en una profunda oscuridad, uno podía pensar que la naturaleza vivía de forma precaria y estaba gestando una tormenta a gran escala.

La puerta del despacho de Scrooge continuaba abierta, a fin de poder este vigilar a su dependiente dentro de la pequeña y triste celdilla, a manera de sombrío cubículo, donde se ocupaba de copiar cartas. La estufa de Scrooge tenía poco fuego, pero menos aún la del dependiente: aparentaba no

encerrar más que un pedazo de carbón. Y el desgraciado no podía alimentarla mucho, porque, en cuanto se levantaba para hacerlo, Scrooge, que atendía por sí mismo a la custodia del combustible, no se olvidaba de advertir un posible despido. Por este motivo, el dependiente se envolvía en su bufanda blanca y se esforzaba en calentarse a la luz de la vela; pero, como era hombre de poquísima imaginación, sus tentativas resultaban infructuosas.

—Le deseo una regocijada Nochebuena, tío mío, y que Dios lo conserve —gritó alegremente uno. Era la voz del sobrino de Scrooge. Este, que ocupado en sus combinaciones no lo había visto llegar, quedó sorprendido.

—Bah —dijo Scrooge—, tonterías.

Venía tan agitado el sobrino a consecuencia de su rápida marcha, en medio de aquel frío y de aquella niebla, que despedía fuego; su rostro estaba encendido como una cereza; sus ojos chispeaban y el vaho de su aliento humeaba.

—¡La Nochebuena una tontería, tío mío! No es esto sin duda lo que quiere decir.

—Sí tal —dijo Scrooge—. ¡Una regocijada Nochebuena! ¿Qué derecho te asiste para estar contento? ¿Qué razón para abandonarte a unas alegrías tan ruinosas? Bastante pobre eres.

—Vamos, vamos —dijo alborozadamente el sobrino—; ¿en qué derecho se apoya para estar triste? ¿En qué motivo para entregarse a esas abrumadoras cifras? Usted es bastante rico.

—Bah —dijo Scrooge, que por entonces no encontraba otra contestación mejor que dar; y su ¡bah! fue seguido de la palabra de antes—: tonterías.

—No se ponga de mal humor, tío mío —exclamó el sobrino.

—Y cómo no ponerme, cuando se vive en un mundo de locos como este. ¡Una regocijada Nochebuena! Al diablo con ella. ¿Qué es la Navidad sino una época en que vencen muchos pagarés y en que hay que pagarlos, aunque no se tenga dinero? ¡Un día en que te encuentras más viejo de un año, y no más rico de una hora! ¡Un día en que, después de hacer el balance de tus cuentas, observas que en los doce meses transcurridos no has ganado nada! Si yo pudiera obrar según pienso —continuó Scrooge con acento indignado—, todos los tontos que circulan por esas calles celebrando la Nochebuena serían puestos a cocer en su propio caldo, dentro de una olla y enterrados con una rama de acebo atravesada por el corazón. ¡Eso es lo que pienso!

—Tío mío —exclamó el sobrino.

—Sobrino mío —replicó Scrooge, severamente—; puedes gozar de la Nochebuena a tu gusto; déjame celebrarla al mío.

—¡Celebrar la Nochebuena! —repitió el sobrino—; ¡pero si no la celebra!

—Entonces déjame no gozarla. Que te haga buen provecho. ¡Como te ha dado tanta utilidad!

—Muchas cosas hay, lo declaro, de las que hubiera podido obtener algunas ventajas que no he obtenido, y entre otras de la Nochebuena; pero al menos he considerado este día (dejando aparte el respeto debido a su sagrado nombre y a su origen divino, si es que pueden ser dejados aparte tratándose de la Nochebuena) como un hermoso día, como un día de benevolencia, de perdón, de caridad y de placer; el único del largo calendario del año en el que, según creo, todos, hombres y mujeres, parece que descubren por consentimiento unánime, parece que manifiestan sin empacho cuantos secretos guardan en su corazón y que ven en los individuos de inferior clase a la suya como verdaderos compañeros de viaje en el camino del sepulcro, y no otra especie de seres que se dirigen a diverso fin. Por eso, tío mío, aunque no haya depositado en mi bolsillo ni la más pequeña moneda de oro o de plata, creo que la Nochebuena me ha producido bien y que me lo producirá todavía. Por eso grito: ¡viva la Nochebuena!

El dependiente aplaudió desde su cuchitril involuntariamente; pero, habiendo visto en el acto la inconveniencia que había cometido, se puso a revolver el fuego y acabó de apagarlo.

—Si oigo el menor ruido donde estás —gritó Scrooge—, celebrarás la Nochebuena perdiendo el empleo. En cuanto a ti —prosiguió encarándose con su sobrino—, eres verdaderamente un orador muy distinguido. Me sorprendo de no verte sentado en los bancos del Parlamento.

—No se incomode, tío mío. Vamos, venga a comer con nosotros mañana.

Scrooge le repuso que querría verlo en... sí, verdaderamente lo dijo. Profirió la frase completa diciendo que lo querría ver mejor en... (el lector acabará si le parece.)

—Pero ¿por qué? —lloró el sobrino—; ¿por qué?

—¿Por qué te has casado? —preguntó Scrooge.

—Porque me enamoré.

—¡Porque te enamoraste! —refunfuñó Scrooge, como si aquello fuera la mayor tontería después de la de Nochebuena—: Buenas noches.

—Pero, tío, antes de mi boda no iba a visitarme nunca; ¿por qué la erige en pretexto para no ir ahora?

—Buenas noches —dijo Scrooge.

—Nada deseo, nada solicito de usted. ¿Por qué no hemos de ser amigos?

—Buenas noches —dijo Scrooge.

—Estoy pesaroso, verdaderamente pesaroso de verlo tan resuelto. Jamás hemos tenido nada el uno contra el otro; por lo menos yo. He dado este paso en honra de la Nochebuena, y conservaré mi buen humor hasta lo último; por lo tanto, le deseo una felicísima Nochebuena.

—Buenas noches —dijo Scrooge.

—Y un buen principio de año.

—Buenas noches.

Y el sobrino abandonó el despacho sin manifestar la más pequeña muestra de descontento. Antes de salir a la calle se detuvo para felicitar al dependiente, quien, aunque helado, sentía más calor que Scrooge, y le devolvió cordialmente la felicitación.

—He ahí otro loco —murmuró Scrooge, que los estaba oyendo—. ¡Un dependiente con quince chelines por semana, esposa e hijos, hablando de la Nochebuena! Hay para encerrarse en un manicomio.

Aquel loco perdido, después de saludar al sobrino de Scrooge, introdujo otras dos personas; dos señores de buen aspecto, de figura simpática, que se presentaron, sombrero en mano, a ver al Sr. Scrooge.

—Scrooge y Marley, si no me equivoco —dijo uno de ellos consultando una lista—. ¿A quién tengo el honor de hablar, al Sr. Scrooge o al Sr. Marley?

—Sr. Marley falleció hace siete años —contestó Scrooge—; esta misma noche, hace siete años.

—No abrigamos la menor duda de que la generosidad de dicho señor estará dignamente representada por su socio sobreviviente —dijo uno de los caballeros, presentando varios documentos que lo autorizaban para postular.

Y lo estaba sin duda, porque Scrooge y Marley se parecían como dos gotas de agua. Al oír la palabra *generosidad* Scrooge frunció las cejas, movió la cabeza y devolvió los documentos a su dueño.

—En esta alegre época del año, Sr. Scrooge —dijo el postulante tomando una pluma—, deseamos, más que en otra cualquiera, reunir algunos modestos ahorros para los pobres y necesitados que padecen terriblemente a consecuencia de lo crudo de la estación. Hay miles que carecen de lo más necesario, y cientos de miles que ni aún el más pequeño bienestar pueden permitirse.

—¿No hay cárceles? —preguntó Scrooge.

—¡Oh! ¡Muchas! —contestó el postulante dejando la pluma.

—Y los asilos ¿no están abiertos? —prosiguió Scrooge.

—Seguramente, caballero —respondió el otro—. Complacería a Dios que no lo estuviesen.

—Las correcciones disciplinarias y la ley de pobres ¿rigen todavía? —preguntó Scrooge.

—Siempre y se las aplica con frecuencia.

—¡Ah! Temía, en vista de lo que acaba de decirme, que, por alguna circunstancia imprevista, no funcionaran ya tan útiles instituciones; me alegro de saber lo contrario —dijo Scrooge.

—Convencidos de que con ellas no se puede dar una satisfacción cristiana al cuerpo y al alma de muchas gentes, trabajamos algunos para reunir una pequeña cantidad con que comprar algo de carne, de cerveza y de carbón para calentarse. Nos hemos fijado en esta época porque, de todas las del año, es cuando se deja sentir con más fuerza la necesidad,

y en la que la abundancia causa más alegría. ¿Por cuánto quiere suscribirse?

—Por nada.

—¿Desea conservar el anonimato?

—Lo que deseo es que se me deje tranquilo. Puesto que me pregunta lo que deseo, he aquí mi respuesta: yo no me permito regocijarme en Nochebuena y no quiero proporcionar a los perezosos medios para regocijarse. Contribuyo al sostenimiento de las instituciones que les hablaba hace poco: cuestan muy caras; los que no se encuentren bien en otra parte, pueden ir a ellas.

—Hay muchos a quienes no les es dado y otros que preferirían morir antes.

—Si prefieren morir, harán muy bien en realizar esa idea y en disminuir el excedente de la población. Por lo demás, bien pueden dispensarme, pero no entiendo nada de semejantes cosas.

—Le sería facilísimo conocerlas —insinuó el postulante.

—No es de mi incumbencia —contestó Scrooge—. Un hombre tiene suficiente con sus negocios para ocuparse de otros. Necesito todo mi tiempo para los míos. Buenas noches, señores.

Viendo lo inútil que sería insistir, se retiraron los dos caballeros, y Scrooge volvió a su trabajo cada vez más satisfecho de su conducta, y con un humor más festivo que de lo común.

A todo esto, la niebla y la oscuridad se iban haciendo tan densas que se veía a mucha gente correr de un lado a otro con antorchas encendidas, ofreciendo sus servicios a los cocheros para andar delante de los caballos y guiarlos en su camino.

La antigua torre de una iglesia, cuya vieja campana parecía que miraba curiosamente a Scrooge en su bufete a través de una ventana gótica practicada en el muro, se hizo invisible; el reloj dio las horas, las medias horas, los cuartos de hora en las nubes con vibraciones temblorosas y prolongadas, como si sus dientes hubiesen castañeteado en lo alto sobre la aterida cabeza de la campana. El frío aumentó de una manera intensa. En uno de los rincones del patio varios trabajadores, dedicados a la reparación de las cañerías del gas, habían encendido un enorme brasero, alrededor del cual estaban agrupados muchos hombres y niños haraposos, calentándose y guiñando los ojos con aire de satisfacción. El agua de la próxima fuente al manar se helaba, formando a manera de un cuadro en torno, que infundía horror. En los almacenes las ramas de acebo chisporroteaban al calor de las luces de gas, y lo teñían todo con sus rojizas vislumbres. Las tiendas de aves de corral y de ultramarinos lucían con desusada esplendidez, cual si quisieran significar que en todo aquel lujo no tenía nada que ver el interés de la ganancia. El alcalde de Londres, en su magnífica residencia consistorial, daba órdenes a sus cincuenta cocineros y a sus cincuenta reposteros para festejar la Nochebuena como debe festejarla un alcalde, y hasta el sastrecillo remendón a

quien aquella autoridad había condenado el lunes precedente a una multa por haberlo encontrado ebrio y armando un barullo infernal en la calle, se preparaba para la comida del día siguiente, mientras que su escuálida mujer, llevando en sus brazos a su no menos escuálido rorro, se encaminaba a la carnicería para hacer sus compras.

A todo esto, la niebla iba en aumento; el frío iba en aumento; frío helador, intenso. Si a la sazón el excelente San Dunstan, despreciando las armas de las que por lo común se valía, hubiera pellizcado al diablo en la nariz, de seguro que le habría hecho exhalar formidables rugidos. El propietario de una nariz joven, pequeña, roída por aquel frío tan famélico como los huesos son corroídos por los perros, aplicó su boca al agujero de la cerradura del despacho de Scrooge para regalarle una canción alusiva a las circunstancias:

“¡Dios te bendiga, buen caballero, y que nada pueda afligirte!”

Scrooge empuñó su regla con un ademán tan enérgico que el cantante huyó, todo azorado, abandonando el agujero de la cerradura a la niebla y a la escarcha, que se introdujeron precipitadamente en el despacho, como por simpatía hacia Scrooge.

A lo último llegó la hora de cerrar la oficina. Scrooge se levantó de su banqueta, lleno de mal humor, dando así la señal de marcha al dependiente, quien lo aguardaba en su cubículo, con el sombrero puesto, después de haber apagado la luz.

—Supongo que desearás tener libre el día de mañana —dijo Scrooge.

—Si lo cree conveniente.

—No me conviene; de ninguna manera. ¿Qué dirías si te retuviera el sueldo de mañana? Te creerías perjudicado.

El empleado se sonrió ligeramente.

—Y, sin embargo —continuó Scrooge—, a mí no me consideras como perjudicado a pesar de que te pago un día por no hacer nada.

El empleado hizo observar que aquello no tenía lugar más que una sola vez cada año.

—Pobre fundamento para meter la mano en el bolsillo de un hombre todos los 25 de diciembre —dijo Scrooge abotonándose la levita hasta el cuello—. Supongo que necesitarás todo el día, pero confío en que me indemnizarás pasado mañana viniendo más temprano.

El dependiente lo prometió y Scrooge salió refunfuñando. El almacén quedó cerrado en un santiamén; y el dependiente, dejando colgar las dos puntas de su bufanda hasta el borde de la chaqueta (pues no se permitía el lujo de vestir gabán), echó a todo correr en dirección a su morada para jugar a la gallina ciega.

Scrooge comió su melancólica cena en su melancólico bodegón, donde lo hacía comúnmente. Después de haber leído todos los periódicos y ocupado el resto de la noche en recorrer su libro de cuentas, se dirigió a su casa para acostarse. Residía

en la misma habitación que su antiguo asociado, compuesta de una hilera de aposentos oscuros, los cuales formaban parte de un antiguo y sombrío edificio, situado a la extremidad de una callejuela de la que se despegaba tanto que no parecía, sino que, habiendo ido a encajarse allí en su juventud, jugando al escondite con otras casas, no había sabido después encontrar el camino para volverse. Era un edificio antiguo y muy triste porque nadie vivía en él, exceptuando Scrooge: los otros compartimentos de la casa servían para despachos o almacenes. El patio era tan oscuro que, pese a conocerlo perfectamente, Scrooge se vio precisado a andar a tientas. La niebla y la escarcha cubrían de tal modo el añoso y sombrío portón de la casa que simulaba la morada del genio del invierno, residente allí y absorbido en sus tristes meditaciones.

La verdad es que el aldabón no ofrecía nada de especial, sino que era muy grande. La verdad es, repito, que Scrooge lo había visto por la mañana y por la tarde, todos los días, desde que habitaba en aquel edificio, y que, en cuanto a eso que llaman imaginación, poseía tan poca como cualquier otro vecino de la City, incluso, aunque sea temerario decirlo, sus individuos de ayuntamiento. Es indispensable, además, tener en cuenta que Scrooge no había pensado ni una sola vez en Marley después del fallecimiento de su socio, ocurrido siete años antes, excepto aquella tarde. Ahora que me diga alguien, si sabe, cómo fue que Scrooge, en el momento de introducir la

llave en la cerradura, vio en el aldabón, y esto sin pronunciar ningún conjuro, no un aldabón sino el rostro de Marley.

Sí; indudablemente; el rostro de Marley. Y no era una sombra invisible como la de los demás objetos del patio, sino que parecía estar rodeada de un fulgor siniestro, semejante al de un salmón podrido y guardado en un lugar oscuro. Su expresión no tenía nada que significase ira o ferocidad; pero miraba a Scrooge como Marley solía hacerlo, con sus anteojos de espectro levantados sobre su frente fantasmal. La cabellera se agitaba de una manera singular, como movida por un soplo o vapor cálido y, aunque tenía los ojos desmesuradamente abiertos, los conservaba inmóviles. Esta circunstancia y el color lívido del rostro lo hacían horroroso, pero el horror que experimentaba Scrooge precedía de él mismo, no de la expresión del rostro fantasmal.

Volvió a mirar fijamente, pero no vio más que un aldabón.

Decir que no se estremeció, o que su sangre no sufrió una sacudida terrible como no la había sentido desde la infancia, sería faltar a la verdad; pero se sobrepuso, empuñó otra vez la llave, le dio vuelta con movimiento brusco, entró y encendió la vela.

Estuvo un momento indeciso antes de cerrar la puerta y por precaución miró detrás de ella, como si temiera ver de nuevo a Marley con su larga coleta, adelantándose por el vestíbulo; pero nada encontró fuera de los tornillos que sujetaban el aldabón a la madera.

—¡Bah, bah! —exclamó más tranquilo; y cerró con ímpetu.

El estruendo retumbó en toda la casa al igual que un trueno. Las habitaciones superiores, y los toneles que el almacenista de vinos guardaba en sus bodegas, produjeron un sonido particular como tomando parte en aquel concierto de ecos. Scrooge no era hombre a quien asustaran los ecos. Cerró sólidamente la puerta, cruzó el vestíbulo y subió la escalera cuidando al paso de apretar bien la vela.

Hablan algunas veces de las anchurosas escaleras de los edificios antiguos en las cuales cabe perfectamente una carroza arrastrada por seis caballos, pero les aseguro que la de Scrooge era mayor, porque había capacidad en ella para contener un carruaje fúnebre subiéndolo cruzado con las portezuelas mirando a los tramos de escalera y la lanza tocando al muro: fácil, pues quedaba espacio para más. Sin duda por eso se le ocurrió a Scrooge que veía andar delante de él en la oscuridad un cortejo fúnebre. Con una media docena de farolas de gas no hubiera habido suficiente para iluminar el vestíbulo: ya pueden imaginar la claridad que había con la vela de Scrooge.

Él continuaba su ascenso sin cuidarse de nada ya. La oscuridad es muy barata y por eso Scrooge la quería mucho; pero, antes de cerrar la pesada puerta de su habitación, re corrió sus aposentos para ver si todo se hallaba en orden: acaso adoptó tal precaución acordándose ligeramente de la inquietud que el misterioso episodio del aldabón le había causado.

El salón, la alcoba, el desván, todo estaba en orden. Nadie había debajo de la mesa; nadie en el sofá. En el fogón lucía un mísero fuego: la cuchara y la taza estaban ya dispuestas y sobre las ascuas una ollita con agua de avena (porque Scrooge padecía un resfriado). A nadie encontró debajo de la cama; a nadie en su gabinete; a nadie dentro de la bata que estaba, en forma sospechosa, colgada de un clavo. El trastero como siempre. Vieja chimenea, zapatos viejos, dos cestas de pescado, banqueta de tres patas y un atizador.

Completamente tranquilo ya, Scrooge cerró la puerta con doble vuelta, precaución que no tomaba nunca y, asegurado contra toda sorpresa, se quitó la corbata, se puso la bata, las zapatillas y el gorro de dormir, y se sentó delante del fuego para tomar su avena.

El fuego era positivamente mísero; tan mísero que no servía para nada en una noche como aquella. Scrooge se vio obligado a aproximarse mucho a él, a cobijarlo, digámoslo así, para experimentar alguna sensación de calor. El cuerpo del fogón, construido hacía mucho tiempo por algún fabricante holandés, estaba recubierto de azulejos flamencos donde se veían representadas escenas de la Sagrada Escritura. Se hallaban Abel y Caín, hijos de Faraón, reinas de Sabá, ángeles bajando del cielo sobre nubes que se parecían a lechos de pluma, Abraham, Balthasar, apóstoles embarcándose en esquifes a modo de salseras; cientos de figuras capaces de distraer la imaginación de Scrooge y, sin embargo, el rostro de Marley

se imponía a todo. Si cada uno de aquellos azulejos hubiera empezado por tener las figuras borradas, y la facultad de imprimir en su superficie algo de los pensamientos sueltos de Scrooge, cada azulejo habría presentado la cabeza del viejo Marley.

—Tonterías —dijo Scrooge y se puso a recorrer la habitación.

Después de algunas vueltas se sentó. Como tenía la cabeza echada hacia atrás, sobre el respaldo de la butaca, sus ojos se detuvieron, por casualidad, en una campanilla que ya no servía, suspendida del techo y que comunicaba con el último piso del edificio, para un objeto desconocido. Con la mayor sorpresa, con inexplicable terror, observó Scrooge que ver la campanilla comenzaba a oscilar. Al principio se balanceaba suavemente, tanto que apenas producía sonido; pero luego aumentó de modo considerable y todas las campanillas de la casa acompañaron a la primera.

El repiqueteo no duró más que medio minuto o un minuto, mas a Scrooge le pareció tan prolongado como una hora. Las campanillas terminaron como si todas hubieran empezado a la vez. A este ruido sucedió otro de hierros que procedía de los subterráneos, como si alguien arrastrase una larga cadena sobre los toneles del almacenista de vinos. Scrooge recordó entonces haber oído que en las casas donde existían duendes estos se presentaban siempre con cadenas.

La puerta de los subterráneos se abrió con estrépito, y el ruido se hizo perceptible en el piso de abajo; después en la escalera, hasta que, por último, se fue acercando a la puerta.

—¡Tonterías he dicho! —exclamó Scrooge—: no creo en ellas.

Sin embargo, mudó muy pronto de color porque vio al espectro, que, atravesando sin la menor dificultad por la maciza puerta, fue a colocarse ante él.

Cuando la aparición penetraba, el mezquino fuego despidió un resplandor fugaz como diciendo “lo conozco: es el espectro de Marley” y se extinguió.

La misma cara, absolutamente la misma. Marley con su puntiaguda coleta, su chaleco habitual, sus pantalones ajustados y sus botas, cuyas borlas de seda se balanceaban a compás con la coleta, con los faldones de la casaca y con el tupé. La cadena, con la que tanto ruido hacía, la llevaba ceñida a la cintura, y era tan larga que le rodeaba todo el cuerpo, como si fuera un prolongado rabo: estaba hecha (porque Scrooge la observó muy de cerca) de arcas de seguridad, de llaves, de candados, de grandes libros, de papelotes y de bolsas muy pesadas de acero. El cuerpo del espíritu se transparentaba hasta un extremo tal que Scrooge, examinándolo detenidamente a través del chaleco, pudo ver los botones que adornaban por detrás la casaca.

Scrooge había oído referir que Marley estaba desprovisto de entrañas, pero hasta aquel momento no se convenció.

No, y aún no lo creía. Por más que pudiese investigar con la mirada las cavidades interiores del espectro; por más que sintiera la influencia glacial de aquellas pupilas heladas por la muerte; por más que se fijaba hasta en el tejido del pañuelo que cubría la cabeza, así como la barba de la aparición, detalle antes descuidado por Scrooge, aún se resistía a creer en lo que sus sentidos le manifestaban.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó Scrooge, cáustico y frío como de costumbre—. ¿Qué quieres de mí?

—Muchas cosas.

Era indudablemente la voz de Marley.

—¿Quién eres?

—Pregunta mejor: ¿quién he sido?

—¿Quién has sido, pues? —dijo Scrooge levantando la voz—. Muy exigente para ser una sombra.

—En el mundo fui tu socio.

—¿Puedes... puedes sentarte? —preguntó Scrooge con aire de duda.

—Puedo.

—Entonces hazlo.

Scrooge formuló la pregunta porque ignoraba si un fantasma tan transparente podría encontrarse en las condiciones necesarias para tomar asiento, y consideraba que al ser esto, por casualidad, imposible, lo pondría en el caso de dar explicaciones muy difíciles; pero el fantasma se sentó frente a frente, al otro lado de la chimenea, como si estuviera acostumbrado a aquello.

—¿No crees en mí? —preguntó el fantasma.

—No —contestó Scrooge.

—¿Qué prueba quieres de mi realidad, además del testimonio de tus sentidos?

—No lo sé.

—¿Por qué dudas de tus sentidos?

—Porque la menor cosa basta para alterarlos. Basta con un ligero desarreglo en el estómago para que nos engañen, y podría ser muy bien que tú no fueras más que una tajada de carne mal digerida; media cucharada de mostaza; un pedazo de queso; una partícula de papa mal cocida. Quien quiera que seas, me parece que eres un muerto que huele a cerveza más que a ataúd.

Scrooge no acostumbraba a hacer retruécanos, y verdaderamente entonces no se hallaba muy en disposición de hacerlos. En realidad lo que quería en toda aquella broma era distraerse y dominar su espanto, porque el acento del fantasma le producía frío hasta en la médula de los huesos.

Permanecer sentado, siquiera por breves instantes, con la mirada fija en los vidriosos ojos del espectro, constituía para Scrooge una prueba infernal. Además, en aquella diabólica atmósfera que circundaba al aparecido había algo positivamente terrible. A Scrooge no le era dado experimentarla por sí mismo, mas no por eso dejaba de ser cierta, pues, aunque el espectro permanecía sentado e inmóvil, sus

cabellos, sus vestiduras y las borlas de sus botas se movían a impulsos de un vapor cálido como el que se desprende de un horno.

—¿Ves este limpiadientes? —dijo Scrooge volviendo a su sistema, con objeto de sobreponerse al espanto que lo poseía y de apartar de sí, aunque no fuera más que por un segundo, la mirada del aparecido, fría como el mármol.

—Sí.

—Pero si no lo miras.

—Eso no impide que lo vea.

—Pues bien; si ahora me lo tragara, durante lo que me queda de existencia me verás asediado por una multitud de diablillos, pura creación de mi mente. Tontería; te digo que es una tontería.

Al oír el espectro semejante palabra dio un terrible alarido y sacudió su larga cadena, causando un estruendo tan aterrador y tan lúgubre que Scrooge se agarró a la silla para no caer desvanecido. Pero aumentó su horror al observar que el fantasma, quitándose el pañuelo que le rodeaba la cabeza, como si sintiese la necesidad de hacerlo a causa de la temperatura de la estancia, dejó desprenderse la mandíbula inferior, que le quedó colgando sobre el pecho.

Scrooge se arrodilló ocultando la cara con las manos.

—¡Misericordia! —dijo—. Terrorífica aparición, ¿por qué vienes a atormentarme?

—Alma mundanal, ¿crees o no crees en mí?

—Creo —dijo Scrooge—, pues no hay otro remedio. Mas ¿por qué pasean por el mundo los espíritus y vienen a buscarme?

—Porque es una obligación de todos los hombres que el alma contenida en ellos se mezcle con las de sus semejantes y viaje por el mundo: si no lo verifica durante la vida, está condenada a practicarlo después de la muerte; compelida a vagar, ¡desdichado de mí!, por el mundo y a ser testigo inútil de muchas cosas en las que no le es dado tener parte, siendo así que hubiera podido gozar de ellas en la tierra como los demás, utilizándolas para su dicha.

El aparecido lanzó un grito, sacudió la cadena y se retorció las fantásticas manos.

—¿Estás encadenado? —preguntó Scrooge—; ¿por qué?

—Arrastro la cadena que durante toda mi vida he forjado yo mismo —respondió el fantasma—. Yo soy quien la ha labrado eslabón a eslabón, vara a vara. Yo quien la ha ceñido a mi cuerpo libremente y por mi propia voluntad, para arrastrarla siempre, porque ese es mi gusto. El modelo se te presenta bien singular, ¿no es cierto?

Scrooge temblaba cada vez más.

—¿Quieres saber —continuó el espectro—, el peso y la longitud de la enorme cadena que te preparas? Hace hoy siete años era tan larga y tan pesada como esta; después has continuado aumentándola: buena cadena es ya.

Scrooge miró alrededor de sí, creyendo divisarla tendida todo lo dilatada que debía de ser por el piso; mas no la vio.

—Marley —exclamó con aire suplicante—; mi viejo Marley, háblame; dime algunas palabras de consuelo.

—Ninguna tengo que decirte. Los consuelos vienen de otra parte, Scrooge, y los traen otros seres a otra clase de hombres que tú. Ni puedo decirte todo lo que desearía, porque dispongo de muy poco tiempo. No puedo descansar, no puedo detenerme, no puedo permanecer en ninguna parte. Mi alma no se separó nunca de mi mostrador; no traspasó, como sabes, los reducidos límites de nuestro despacho, y he aquí por qué ahora tengo necesidad de hacer tantos penosos viajes.

Scrooge seguía la costumbre de meterse las manos en los bolsillos del pantalón cuando se entregaba a sus meditaciones. Reflexionando sobre lo que le había dicho el fantasma, hizo como se acaba de indicar, pero continuando arrodillado y con los ojos bajos.

—Muy retrasado debes estar, Marley —dijo, con humildad y deferencia Scrooge, que nunca dejaba de ser hombre de negocios.

—¡Retrasado! —repitió el fantasma.

—Llevas ya siete años de muerto y aún dura tu viaje.

—Durante ese tiempo no ha habido para mí tregua ni reposo: siempre he estado bajo el torcedor del remordimiento.

—¿Viajas deprisa?

—En las alas del viento.

—Mucho has debido de ver en siete años.

Al oír esto el aparecido dio un tercer grito, y produjo con su cadena un choque tan horrible, en medio del silencio de la noche, que de haberlo oírlo la ronda hubiera tenido motivo para aprehender a aquellos perturbadores del sosiego público.

—¡Oh!, cautivo, encadenado, lleno de hierros —exclamó—, por no haber tenido presente que todos los hombres deben asociarse para el gran trabajo de la humanidad, prescrito por el Ser Supremo; para perpetuar el progreso, porque este globo debe desaparecer en la eternidad, antes de haber desarrollado el bien de que es susceptible: por no haber tenido presente que la multitud de nuestros tristes recuerdos no podía compensar las ocasiones que hemos desaprovechado en nuestra vida, y con todo, así me he conducido, desdichado de mí; así me he conducido.

—Sin embargo, te mostraste siempre como hombre exacto y como inteligente en negocios —balbuceó Scrooge, que empezaba a reponerse un poco.

—¡Los negocios! —gritó el aparecido, retorciéndose de nuevo las manos—. La humanidad era mi negocio: el bien general era mi negocio: la caridad, la misericordia, la benevolencia eran mis negocios. Las operaciones del comercio no constituían más que una gota de agua en el vasto mar de mis negocios.

Y levantando la cadena todo lo que permitía el brazo, como para mostrar la causa de sus estériles lamentos, la dejó caer pesadamente en tierra.

—En esta época del año es cuando sufro más —murmuró el espectro—. ¿Por qué he cruzado yo, a través de la multitud de mis semejantes, siempre fijos los ojos en los asuntos de la tierra, sin levantarlos nunca hacia esa fulgurante estrella que sirvió de guía a los Reyes Magos hasta el pobre albergue de Jesús? ¿No existían otros pobres albergues hacia los cuales hubiera podido conducirme con su luz la estrella?

Scrooge estaba asustado de oír explicarse al aparecido en semejante tono, y se puso a temblar.

—Escúchame —le dijo el fantasma—: mi plazo va a terminar pronto.

—Escucho —replicó Scrooge—, pero excusa todo lo posible y no te permitas mucha retórica: te lo ruego.

—Por qué he podido presentarme así, en forma para ti conocida, lo desconozco. Muchas veces te he acompañado, pero permaneciendo invisible.

Como esta indicación no encerraba nada de agradable, Scrooge sintió escalofríos y sudores de muerte.

—Y no consiste en esto mi menor suplicio —continuó el espectro—. Estoy aquí para decirte que aún te queda una probabilidad de salvación; una probabilidad y una esperanza que te proporcionaré.

—Te muestras siempre buen amigo mío: gracias.

—Te van a visitar tres espíritus —siguió el espectro.

El rostro de Scrooge tomó un color tan lívido como el de su interlocutor.

—¿Son esas la probabilidad y la esperanza de que me hablabas? —preguntó con desfallecimiento.

—Sí.

—Creo... creo... que sería mejor que no se presentaran —dijo Scrooge.

—Sin sus visitas caerías en la misma desgracia que yo. Aguarda la presentación del primero cuando el reloj dé la una.

—¿No podrían venir todos juntos para que acabáramos de una vez? —insinuó Scrooge.

—Aguarda al segundo en la siguiente noche y a la misma hora, y al tercero en la subsiguiente, así que haya sonado la última campanada de las doce. No cuentes con volver a verme; pero por tu conveniencia, cuida de acordarte de lo que acaba de suceder entre nosotros.

Después de estas palabras el espectro recogió el pañuelo que estaba encima de la mesa, y se lo ciñó como lo tenía al principio, por la cabeza y por la barba. Scrooge lo notó por el ruido seco que hicieron las mandíbulas al ajustarse con la sujeción. Entonces se determinó a alzar los ojos, y vio al aparecido delante de él, puesto de pie, y llevando arrollada al brazo la cadena.

La aparición se puso en marcha, caminando hacia atrás. A cada paso suyo se levantaba un poco la ventana, de suerte que cuando el espectro llegó a ella se hallaba completamente abierta. Hizo una señal a Scrooge para que se acercara y este obedeció. Cuando estuvieron a dos pasos el uno del otro, la

sombra de Marley levantó el brazo e indicó a Scrooge que no se aproximase más. Scrooge se detuvo, no precisamente por obediencia, sino por sorpresa y temor, pues, en el momento en que el fantasma levantó el brazo, se oyeron rumores y ruidos confusos en el aire, sonidos incoherentes de lamentaciones, voces de indecible tristeza, gemidos de remordimiento. El fantasma, después de haber prestado atención por un breve instante, se unió al lúgubre coro, desvaneciéndose en el seno de aquella noche tan sombría.

Scrooge fue tras él hasta la ventana y miró por ella dominado por una insaciable curiosidad. El espacio se hallaba lleno de fantasmas errantes, que iban de un lado para otro como almas en pena exhalando al paso tristes y profundos gemidos. Todos arrastraban una cadena como el espectro de Marley: algunos pocos (sin duda eran ministros cómplices de una misma política) flotaban encadenados juntos; ninguno en libertad. Varios otros eran conocidos de Scrooge. Entre estos había particularmente un viejo fantasma, encerrado en un chaleco blanco que tenía adherido al pie un enorme anillo de hierros y que se quejaba lastimosamente de no poder prestar socorro a una desdichada mujer y a su hijo, a quienes veía debajo de él, refugiados en un hueco de puerta.

El suplicio de todas aquellas sombras consistía, evidentemente, en querer con ansia, aunque sin resultado, mezclarse en las cosas mundanales para hacer algún bien, pero no podían.

Aquellos seres vaporosos se disiparon en la niebla, o la niebla los envolvió en sus sombras. Scrooge no pudo averiguar nada.

Las sombras y sus voces se desvanecieron a la vez, y la noche volvió a tomar su primer aspecto.

Scrooge cerró la ventana y examinó cuidadosamente la puerta por donde había entrado el espectro. Estaba cerrada con doble vuelta, según él la dejara, y el cerrojo corrido. Trató, como antes, de decir “tontería”, pero se detuvo en la primera sílaba, porque, sintiéndose acometido de una imperiosa necesidad de descansar, bien por las fatigas del día, o de aquella breve contemplación del mundo invisible, o del triste diálogo sostenido con el espectro, o de lo avanzado de la hora, se fue a la cama y acostándose, sin desnudarse, cayó en un profundo sueño.